

a escritores de gran importancia en narrativa y poesía. Autores que dejan a veces amables lecciones acerca de su oficio y del arte de su escritura. Que discurren con gusto y tranquilidad por el tiempo que les ha tocado vivir, por las ciudades que han habitado y por los autores que han frecuentado. Por los seres humanos que les han dado felicidad y los libros que han labrado sus gustos y, por qué no, la calidad de sus propias narraciones y poemas. Un libro escrito por un poeta colombiano, Harold Alvarado Tenorio, que es autor de algunos buenos libros de poesía que han merecido el elogio de lectores y escritores en distintas épocas. Un autor que gusta de cazar pleitos más a menudo de los que el papel (pero ante todo los lectores) puede soportar, y que no supo cómo refrenar las ganas de emprenderla contra sus contrincantes literarios, ni siquiera en libros como el presente, hechos para el periodismo cultural, que pide la verdad pura y dura, no invenciones ni ficciones.

Luis Germán Sierra J.

## Un incompleto cuadro de historia económica regional

*¿Por qué perdió la costa Caribe el siglo xx? Y otros ensayos*

ADOLFO MEISEL ROCA  
Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena, 2009, 323 págs.

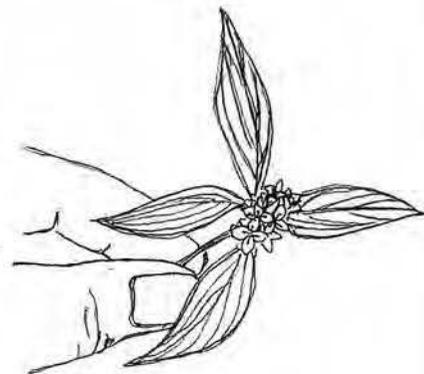
LA SELECCIÓN de ensayos de Adolfo Meisel arranca con una declaración de amor por la lectura, motivada por el libro *Una historia con alas*, del alemán Herbert Boy, que suscitó en él la pasión por la historia económica del Caribe, dos de los elementos esenciales de su vida profesional que, bien mirada, ha estado llena de importantes logros que se iniciaron en 1980 con la publicación de su primer artículo académico "Esclavitud, mestizaje y haciendas en la provincia de Cartagena, 1533-1851", basado en una frustrada tesis de grado como economista, al que ha seguido una importante sa-

ga de artículos, ensayos y libros. Diez de esos ensayos forman parte del volumen en referencia y dan cuenta de sus inclinaciones intelectuales e investigativas entre 1998 y 2009. Estos artículos han tenido una primera versión publicada y para esta edición han sido ajustados, actualizados y mejorados. Cinco artículos están dedicados a Cartagena de Indias, desde la época colonial hasta 1950; sin embargo, cuatro de ellos se centran en la segunda mitad del siglo XVIII y las primeras dos décadas del siglo XIX, dejando de lado el siglo XIX, para saltar al siglo XX en su primera mitad. Los siguientes cuatro artículos están dedicados al creciente rezago de la economía de los departamentos del Caribe con respecto de los del interior durante el siglo XX. El décimo artículo está dedicado a San Andrés y Providencia en 1846. Todo ello proporciona un incompleto, aunque útil, cuadro de historia económica regional.

El primer artículo, "¿Situado o contrabando? La base económica de Cartagena de Indias a fines del Siglo de las Luces", realiza un estudio sobre la economía cartagenera entre 1751 y 1810, destaca la situación demográfica del puerto a fines del siglo XVIII y el avance de las obras destinadas a su defensa. Su principal aporte está en el juicioso recuento de los ingresos fiscales de la Caja Real de Cartagena, basado en una muy poco trabajada fuente documental: las cartas cuentas de la ciudad que reposan en el Archivo General de Indias de Sevilla, lo que hace del ensayo un importante y novedoso aporte al estudio de la historia económica colonial y anuncia un futuro de trabajo para todo el Virreinato de la Nueva Granada. A continuación, aborda el tema del contrabando en el Caribe neogranadino y termina con el análisis del fracaso de las plantaciones en esa región, en el que hace énfasis en lo crucial que fue para dicho territorio la economía militar de Cartagena de Indias. Es interesante el recuento de las fortificaciones cartageneras, como también lo es la noticia de que las áreas rurales de la provincia de Cartagena no eran pobladas por esclavos y que la economía de la provincia vivía a la zaga económica del puerto.

El juicioso análisis de Meisel le permite realizar, de manera simultánea, un interesante balance sobre la

bibliografía cartagenera. La base documental del ensayo hace que este sea sólido, demuestra que la función principal de Cartagena fue la de ser un fuerte fortificado, proceso iniciado a principios del siglo XVIII y que se alargó hasta fines del mismo, derivada de su condición como epicentro del comercio exterior legal e ilegal del norte de América del Sur. En las páginas 12 y 14 existe un error editorial, en la página 12 se reproduce un mapa de la historiadora Marta Herrera Ángel, en el que se presentan las provincias de la Nueva Granada en el siglo XVIII, en la 14 se anuncia uno titulado Cartagena de Indias y su bahía a fines del siglo XVIII, basado en Juan Manuel Zapatero, pero es una réplica exacta al de la página 12.



El segundo ensayo, "Entre Cádiz y Cartagena de Indias: la red familiar de los Amador, del comercio a la lucha por la independencia americana", es un estudio de caso centrado en la influyente familia Amador Rodríguez y la red familiar que incluyó importantes negocios en el sector agrario y funcionó en los principales puertos de América del Sur y se extinguió durante la Independencia. Meisel reconstruyó el funcionamiento de la red familiar mediante el rastreo de cada uno de los Amador Rodríguez hasta 1809, el más influyente fue Juan de Dios Amador Rodríguez (1773-1847), quien actuó, como la mayoría de sus hermanos, en forma independiente de los negocios de su padre, destacándose en el negocio de las quinas. Los diez hijos del matrimonio lograron entremezclarse con lo más

granado de la sociedad cartagenera de la época, mediante uniones matrimoniales, en especial la de María Amador Rodríguez con José Ignacio de Pombo, y Manuela Amador Rodríguez con José Arrázola Ugarte, condición que permitió que tanto el fundador, sus hijos, sus yernos y sus nietos ocuparan influyentes cargos en la administración. Entre los últimos hay que destacar al rico empresario antioqueño Carlos Coriolano Amador, a Manuel Amador Guerrero, quien fue el primer presidente de la República de Panamá, y a Miguel Arrázola Martínez Malo, quien fue uno de los hombres más ricos e influyentes de Sincelejo durante la segunda mitad del siglo XIX.

Un aspecto importante que trata el ensayo es el de la preeminencia comercial que tuvieron los gaditanos durante el siglo XVIII, la que fue notoria en Cartagena, como también la presencia comercial de los cartageneros de origen gaditano en el Consulado de Cádiz y en los puertos comerciales americanos de Guayaquil, La Guaira y Maracaibo, donde los Amador Rodríguez establecieron casas comerciales, tuvieron familia y participaron en la vida política. El ensayo permite unir cabos entre las relaciones comerciales existentes entre Cartagena de Indias y Santafé de Bogotá, en las que sin lugar a dudas tuvo mucho que ver el sabio gaditano José Celestino Bruno Mutis y Bosio, como también los lazos existentes entre el Consulado de Cartagena con las demás provincias del virreinato.

El tercer ensayo, "La crisis fiscal de Cartagena en la era de la Independencia, 1808-1821", muestra como, con anterioridad a la Independencia, Cartagena de Indias por sus guarniciones y fortificaciones, las rentas de los estancos de aguardiente y tabaco, los derechos de aduana y en virtud del situado fiscal, era la ciudad del Virreinato de la Nueva Granada con mayores ingresos fiscales. A partir de 1809, la ciudad comenzó a experimentar una crisis, pues el situado anual se redujo drásticamente, por lo que las autoridades tuvieron que recurrir, a partir de 1811, a préstamos de los comerciantes y hacendados. En ese año, el 11 de noviembre, se firmó la Declaración de independencia absoluta de



la ciudad, por lo que se quedó sin recursos provenientes de esa fuente y, como surgieron nuevas necesidades y compromisos, para solucionar la crisis se emitieron billetes de curso forzoso, cada vez en aumento, lo que de manera rápida generó varios problemas y se acuñaron monedas de cobre que fueron las primeras con carácter republicano. Es bien ilustrativo este ensayo al resaltar los problemas económicos que enfrentó la Cartagena republicana entre 1811 y 1821, lo que es muy útil para adelantar posteriores estudios comparativos con otras provincias y regiones, no solo en el aspecto económico, sino también político.

El cuarto ensayo, "Puertos vibrantes y sector rural vacío: el Caribe neogranadino a fines del periodo colonial", es un excelente intento, aunque incompleto, de mostrar los inconvenientes y contradicciones que para las provincias de Cartagena y Santa Marta significó ser puertos marítimos dedicados al comercio nacional e internacional, con una consiguiente vida urbana, pero con grandes inconvenientes para su abastecimiento, ya que existía cierta languidez económica en el sector rural. En esencia, Meisel analiza los problemas que conllevó la no existencia de una economía de plantación en el Caribe neogranadino, teniendo como base al historiador Philip D. Curtin, quien determinó que esa variedad económica se sustentaba en una abundante y sostenida mano de obra esclava, una organización empresarial capitalista, una exportación permanente, un control político ejercido por personas que habitaban

fuera del continente. Adelanta, entonces, un ligero recuento y análisis de los "economistas" coloniales José Ignacio de Pombo y Pedro Fermín de Vargas, quienes analizaron durante la primera década del siglo XIX algunas hipótesis sobre la ausencia de una economía de plantación, y adelanta su propia explicación centrada en la geografía y su efecto en la calidad de las instituciones, como en las actividades económicas, que nos parece un tanto determinista. Decimos que el ensayo es incompleto, pues si bien analiza la calidad de los suelos, las condiciones climáticas y ambientales, las dificultades del transporte marítimo y la enfermedad holandesa (toda vez que la economía neogranadina descansó en la minería del oro), todavía faltan muchos elementos y, sobre todo, no intenta adelantar reflexiones hacia el presente, o es que ahora ¿si es conveniente generar una economía de plantación, en especial de palma africana y teca, que promueven el desplazamiento de grandes sectores campesinos y de afrocolombianos?



El quinto ensayo se titula "Cartagena 1900-1950: a remolque de la economía nacional". Como dijimos al principio de esta reseña, Meisel hace un curioso salto de 1820 a 1900; para solucionar el evidente problema da una fácil explicación según la cual a partir de la Independencia, Cartagena de Indias entró en un proceso de retroceso económico y demográfico que duró hasta finales de la década de 1870, aproximadamente. Según parece, la extensa provincia de Cartagena, con su "recinto amurallado", posterior

Estado Federal y Soberano de Bolívar, y luego departamento, en la visión del autor, no significó nada, no tuvo peso político y económico, ¿por qué, entonces, surgieron figuras políticas como el presidente Nieto y Rafael Núñez? Pero, bueno, el desarrollo del ensayo es, como el conjunto, bien analizado, documentado, etc., las cifras demográficas que utiliza son bien utilizadas y explicativas del crecimiento urbano de la ciudad más allá de Getsemaní y la ciudad amurallada, que constituyeran la ciudad colonial, desarrollo que fue inferior si se lo compara con otras ciudades del país, en forma especial con la gran rival de Cartagena: Barranquilla. Un acierto del ensayo es la presentación, recuento y análisis del “murallicidio” que sufrió la ciudad colonial a partir de 1880 y el cual se extendió hasta 1924.

Se analizan cinco causas para el “renacimiento” económico de la ciudad: la recuperación del canal del Di que, la construcción del ferrocarril Calamar-Cartagena, la reactivación de la actividad del puerto marítimo, el auge de la navegación entre la ciudad y los ríos Atrato y Sinú y el auge de las exportaciones de ganado. El énfasis del análisis recae en la actividad portuaria que, como demuestra el autor, permitió que Cartagena se convirtiera en el tercer puerto del país hacia 1920 en materia de exportaciones, y entre 1928 y 1941 en el primer puerto petrolero. Aunado a esos factores, se experimentó un impulso industrial, nada comparable con los de Barranquilla, Bogotá, Cali y Medellín, centrado en textiles, refinamiento de petróleo, manufacturas, alimentos, entre otros, para, a comienzos de los años cincuenta, poseer una cimentada industria de artes gráficas, química y farmacéutica, centrada en la tradicional elite cartagenera de los Mogollón, los Lemaitre y los Román.

El sexto ensayo, “¿Por qué perdió la costa Caribe el siglo XX?”, es el que le da el título al libro; en su versión inicial formó parte de una serie de reflexiones que adelantaron, al finalizar el siglo XX, destacados intelectuales y profesionales caribeños sobre el rezago de la costa Caribe colombiana. Arranca con una premisa fundamental: los departamentos de la costa Caribe colombiana constituyen la

región más pobre del país, a la que llega Meisel luego de analizar y comparar el PIB, a partir de 1950, de los siete departamentos que conforman la región Caribe. Situación de pobreza que alcanzaron los departamentos caribeños durante el siglo XX, en especial por el fracaso del sector exportador y la consiguiente incapacidad para generar un proceso de industrialización y crecimiento económico.

Basado en algunos autores canadienses y estadounidenses: Harold Innis, Albert O. Hirschman, Douglass C. North, quienes desarrollaron teorías como la del producto clave, la de los encadenamientos, aplicadas al porqué del crecimiento de las regiones, el cual está determinado por el éxito de un sector exportador, las características del mismo y la forma como se gasta el ingreso generado por él, Meisel muestra cómo, mientras que en la primera mitad del siglo XX las exportaciones nacionales, jalonadas por el café, tuvieron un crecimiento sostenido del 4,9 % anual, las de la costa Caribe disminuyeron y se rezagaron en relación con las del conjunto del país. Adelanta un sugestivo análisis sobre los efectos de la enfermedad holandesa en la economía colombiana de la primera mitad del siglo XX, que, según las cifras, afectó en demasía la economía exportadora caribeña, pues mientras las otras regiones, en especial la Andina, se especializaron en la producción cafetera, los departamentos caribeños lo hicieron en la producción de ganado vacuno para el mercado interno, de manera principal para la región antioqueña. Además de estas circunstancias, se adicionaron otras: la redefinición de las redes de transporte



nacionales en los decenios de 1920 y 1930, y un mayor crecimiento demográfico que el resto del país. Por último, el autor efectúa un ligero análisis sobre la pérdida de influencia política de la región caribeña en el contexto nacional.



El séptimo ensayo, “La Fábrica de Tejidos Obregón en Barranquilla, 1910-1957”, cuenta, en detalle, la historia de la principal fábrica textil que tuvo la costa Atlántica, que entre 1913 y 1932 ocupó el primer puesto en el país, y le permite al autor consolidar la idea expresada en el ensayo anterior. Es un interesante estudio de historia empresarial regional. Meisel hace una reseña de los trabajos investigativos adelantados sobre la fábrica, destacando lo positivo y negativo, siendo muy diciente que el trabajo inicial fue la tesis doctoral de David Chu, escrita en 1972, basado en una entrevista a un antiguo empleado de la textilera, Arturo Samudio, que contenía información equivocada, pues los archivos de la empresa desaparecieron; el aporte de Meisel Roca consiste en que contó con la fortuna de consultar el diario, eminentemente técnico y laboral, del ingeniero catalán Ramón Carreras Arimany, quien trabajó en la fábrica de los Obregón entre 1932 y 1934, con lo que revalúa muchas de las afirmaciones de Chu y sus seguidores. La historia de la fábrica, así como la de los diferentes negocios (banca, cultivos de algodón, jabonería, electricidad, hotelería) en que estuvieron involucrados los Obregón, no solo es un aporte a la historia económica y empresarial caribeña, interesa también porque permite reconstruir la historia de la familia de Alejandro Obregón

Rosén (1920-1992), uno de los más grandes pintores colombianos.



El octavo ensayo, "Enfermedad holandesa y exportaciones de banano en el Caribe colombiano, 1910-1950", retoma la afirmación del sexto ensayo: la pobreza de los departamentos caribeños y su rezago económico frente al resto del país, aunque creo que debía haber matizado más la cuestión pues existen departamentos como Cauca y Chocó, que quizá sean más pobres. La situación de pobreza de los departamentos caribeños tiene mucho que ver con el desempeño en la región de la multinacional estadounidense United Fruit Company, que para 1928 tenía un total de 29 818 acres cultivados de banano, condición que le permitió a Colombia ser el tercer exportador mundial de la fruta; la zona bananera, en el actual departamento del Magdalena, poseía un eficaz ferrocarril y dos bien dotados muelles. Las cifras presentadas son verdaderamente abrumadoras, pero, en este ensayo, en particular, se echa de menos la confluencia de la historia económica con la historia social y política.

En el noveno ensayo, "Bajo el signo del cóndor: empresas y empresarios en el Caribe colombiano, 1982-2009", es bien importante la confluencia que hace Meisel sobre historia económica y empresarial, dos caras de la misma moneda, complementarias en lo macro y en lo micro. El objeto del ensayo es realizar un análisis cualitativo y cuantitativo de 44 artículos y libros, cuyo listado aparece al final, para establecer regularidades y vacíos en ellos, tanto en las fuentes como analíticos.

Según ese recuento, la historia empresarial caribeña se inició en 1982, desde entonces, hasta el 2009, el grueso de trabajos, un 62 %, han sido investigados y escritos por autores de la región, centrados en el espacio temporal de 1870 a 1950. En la mayoría del libro así como en este ensayo, las estadísticas son bien logradas, pero las explicaciones no siempre son las más apropiadas; por ello, se extraña que el autor no relacione el auge de estudios de historia empresarial caribeña con la creación de carreras de Historia en la costa, como de otras disciplinas sociales, al igual que la existencia de maestrías de diverso tipo en las universidades.

El décimo ensayo es "La estructura económica de San Andrés y Providencia en 1846". A pesar de que las islas caribeñas objeto del ensayo pertenecen al país, en general hay mucha desatención de los colombianos por su historia; así, el trabajo de Meisel reconstruye un lapso de algo más de un quinquenio de la historia económica de esos territorios insulares, cuya base fundamental fue el cultivo y exportación del algodón y luego la exportación de coco, como también una agricultura y ganadería de subsistencia a las que se sumaron otras actividades de economía extractiva. A estos trabajos se dedicaba, en 1846, un 56,8 % de la población, que sumado a un 31,8 % de criados, da una cifra cercana al 89 % de los habitantes, 905 de un total de 1 002, a partir de 1851; con la liberación de los esclavos, la diversificada economía sanandresana pasó a ser casi exclusivamente monoexportadora, centrada en el coco, lo que significó que las islas perdieran su autonomía de subsistencia. El escrito no llena un vacío evidente de la historiografía colombiana, pero deja sentadas las bases para futuras investigaciones.

En fin, el libro es un interesante y sugestivo conjunto de ensayos de historia económica regional, sustentado en la consulta de nuevas fuentes de información, como de las habituales, que se preocupa por aspectos desconocidos y poco tratados por la historia tradicional, académica, lo que le permite a Adolfo Meisel aportar varios elementos de entendimiento de la historia del país, no solo económica, sino política y cultural. No obstante, al comenzar el libro, como lo expresé

al principio de la reseña, hay una declaración de amor, lo que haría pensar que en el transcurso de los ensayos la parte literaria, narrativa, tendría un peso importante, pero, si bien en los primeros ensayos se trata de superar la aridez y frialdad de las cifras, los últimos vuelven a ser un tanto difíciles de digerir.

**José Eduardo Rueda Enciso**

Profesor titular, Escuela Superior de Administración Pública

## Jotamario ante Nicolás Suescún

*Nicolás Suescún.*

*Recuperación de una memoria*

JOTAMARIO ARBELÁEZ

Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte, Bogotá, 2011, 176 págs., il.

DENTRO DE los variados tipos de libro que se pueden encontrar en las librerías, aquellos que se conciben como un homenaje son uno de los géneros más problemáticos. En los homenajes, se tiende de manera inevitable a la grandilocuencia y a las palabras vacías. Los textos de esas obras se conciben como un agasajo al homenajeado y rara vez como un intento por comprender su mundo. Al final, muchos de estos no terminan diciéndole nada a los lectores y en ocasiones hasta terminan desagradando al homenajeado, quien no se reconoce en ellos, pese a lo cual se ve en la obligación de quedar inmensamente agradecido.

Estoy pensando, ante todo, en los libros que se conciben como homenaje a escritores o intelectuales que tienen el suficiente sentido crítico para percibir el vacío de los elogios que les llueven. Y tal vez una de las peores cosas que pueden pasar es que el homenaje se lo encarguen a un amigo del homenajeado que considere que haberse tomado algunos tragos con el escritor y conocer cosas de su vida privada lo dispensa de conocer su obra.

Escribo esto tras varios días de lucha con el libro de Jotamario Arbeláez,